—¡Sombra de mi mismo! ¡Espíritu de mis horas más sombrías,—exclamó Redlaw con voz débil,—volved y perseguidme noche y día; recoged vuestro don... y si es preciso que continúe teniéndolo, despojadme del terrible poder de transmitirlo á mis semejantes! ¡Deshaced lo hecho! ¡Yo permaneceré maldito, pero devolved cuando menos la paz á los que yo he arrastrado á la maldición! Testigo sois de que he apreciado á esa mujer desde el primer momento y antes que consentir que se acerque á mí, permaneceré encerrado en esta habitación hasta mi último suspiro, sin que me sirvan otras manos que las de ese niño, que está al abrigo de mi poder... ¡Espíritus sombríos, tened piedad de mí!

Sólo la voz de Milly le contestó, gritando cada vez con más energía:

—¡Por piedad!... ¡abridme! ¡socorredme!

III.

El don contrario.

El cielo estaba aún cargado de densas tinieblas.

Desde la llanura, desde las cumbres de las colinas, desde la cubierta de los buques que bogaban solitarios sobre las holas, se entreveía en el brumoso y lejano horizonte, una línea baja que prometía cambiarse bien pronto en luminosa; pero esta promesa era aún vaga y dudosa y la luna luchava obstinadamente con las nubes de la noche.

Las sombras amontonadas sobre el alma de Redlaw se sucedían espesas y rápidas y obscurecían su luz, como las nubes de la noche, suspendidas entre la luna y la tierra, velaban la naciente claridad del día. Irregulares é inciertas como las de las nubes, extendían su velo sobre las revelaciones imprevistas que se querían abrir camino en su alma; y, como las nubes de la noche, si la luz aparecía un instante á su turbado espíritu, era para desvanecerse en seguida y hacer las tinieblas aun más profundas.

En la parte exterior un silencio lúgubre y solemne gravitaba sobre el viejo edificio, cuyos ángulos, y pilares proyectaban, sobre el blanco tapiz de la nieve, formas negras y mis-

teriosas que aparecían y desaparecían, según que las claridades de la luna estaban más ó menos veladas.

En el interior, la lámpara expirante tenía la habitación en una obscuridad casi completa; un espantoso silencio había sucedido á las súplicas de Milly; ningún ruido se oía á no ser unos estallidos sordos que de tarde en tarde nacían entre las blancas cenizas del hogar, como si el fuego hubiese exhalado su último suspiro. El niño, acurrucado en el suelo frente á la chimenea, dormía profundamente. Parecido á un hombre convertido en piedra, el químico estaba sentado en un sillón, del que no se había movido desde que la voz de Milly había dejado de oírse en la puerta de la habitación.

En aquel momento los cánticos de Navidad que se habían oido anteriormente se iban reanudando. Redlaw prestó atenciòn á sus acordes, como lo había hecho en el cementerio; pero un momento después estos acordes llegaban á él muy debilitados, dulces y melancólicos, de manera que extendió los brazos como á la aproximación de un amigo.... ¡Se había olvidado de que no podía estrechar entre sus malditas manos las de un amigo, sin transmitirle su poder fatal! En el mismo instante su fisonomía adquirió mayor calma y naturalidad; un ligero temblor se apoderó de sus miembros; por fin, sus ojos se llenaron de lágrimas y los cubrió con ambas manos, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

El sentimiento de sus desgracias y sufri-

mientos no habia vuelto; sabía que no le pertenecía y no tenía la menor esperanza de recobrarlo nunca. De pronto se sintió invadido de una dulce emoción, y pareciole que, como en otro tiempo, se conmovía por el sentido oculto de la música que oía á lo lejos, Este relámpago de sensibilidad no servía más que para hacerle comprender el valor de lo qne había perdido, y sin embargo dio las gracias al cielo con la más ferviente gratitud.

Cuando los últimos acordes vinieron á morir en su oido, levantó la cabeza para escuchar aún sus expirantes vibraciones.

Al lado del niño dormido, el fantasma se mantenía de pie, inmóvil, mudo y con los ojos fijos en el químico.

Aunque siniestro como siempre, su aspecto no era tan feroz, ni implacable.... al menos así lo pensaba ó lo esperaba Redlaw, mirándole con atención. El fantasma no estaba solo, pues su mano espectral tenía cogida otra mano.

¿A quién pertenecía esta mano? ¿La forma que se erguía al lado del fantasma era la misma Milly ó sólo su sombra y su imagen? La cabeza tenía la actitud habitual de la joven; estaba dulcemente inclinada, y sus ojos, que parecían revelar la compasión, miraban al niño dormido. Una radiante claridad iluminaba el rostro de esta otra forma, pero no se extendía hasta el fantasma, el cual, á pesar de aquella luz tan próxima, permanecía incoloro y sombrío como siempre.

—Espectro,—exclamó el químico á quien este espectáculo había sumido en una nueva turbación—yo no me he mostrado implacable ni inflexible para con ella... ¡Oh! no la pongáis á mi lado... ¡libradme de ese dolor!

—Esto no es más que una sombra—contestó el fantasma—pero cuando aparezcan las primeras luces de la aurora íd á buscar la realidad de la imagen que se presenta á vuestros ojos.

—¿Estoy condenado á ello por mi inexoradestino?—preguntó el químico.

—Si,—contestó el fantasma.

—¿Estoy condenado á destruir su reposo, la bondad de su alma y hacer de ella lo mismo que yo soy y lo que con otros he hecho?

—He dicho, buscadla, y nada más.

—¡Oh! respondedme—imploró Redlaw agarrándose á la esperanza que dejaban entrever estas últimas palabras—¿puedo deshacer lo hecho?

—No.

—No suplico en mi favor. Lo que he perdido, perdido está por mi propia voluntad y justo es que no lo recobre. Pero ¿no es posible hacer nada en favor de aquellos á quienes sin desearlo he transmitido el don fatal, de aquelles que sin sospecharlo han sido víctimas de una maldición imprevista á la que les ha sido imposibe sustraerse?

—Tú nada puedes.

—¿Pero lo podrá otro?

Erguido como una estatua, el fantasma conservó durante algunos instantes su inmovilidad; después volviendo la cabeza miró la sombra que tenía á su lado.

—¡Ah!—exclamò Redlaw, que no había cesado de contemplar la sombra—¿Posee ese poder?...

El fantasma soltó la mano que había conservado hasta entonces y le hizo una señal á la sombra para que se alejase. Esta empezó en seguida á desvanecerse.

—¡Detenéos!—suplicó el químico con una ansiedad que no sabía como expresar.—¡Un momento más! ¡por piedad!... He sentido que en mí se operaba un cambio al oir los cánticos de Navidad... Decidme si ella no tiene nada que temer de mí... ¡Ah! ¡contestadme! ¿Puedo acercarme á ella sin temor?... ¡Dejad que sea mi esperanza...

El fantasma volvió los ojos hacia la sombra, pero no contestó nada.

—Responded cuanto menos á esta pregunta —añadió el químico—¿Sabrá que existe en sus manos el poder de reparar el mal que yo le he hecho?

—No lo sabe

—¿Posee ese poder sin tener de ello conciencia?

—Averiguadlo—contestó el fantasma, y la sombra desapareció por completo.

De nuevo se encontraron frente á frente la sombra y el espectro, y se miraron con la misma terrible fijeza que en el momento en que le concedió el don fatal. Entre ellos, y á los pies del fantasma, el niño permanecía acostado y sumido en un profundo sueño.

—Terrible instructor—dijo el químico, postrándose en actitud suplicante á los pies del fantasma—terrible instructor me habéis obligado á renegar, pero al visitarme de nuevo y con aspecto menos implacable, me dejáis entrever una aurora de esperanza, yo os obedeceré ciegamente en adelante y rogaré para que el grito de angustia que he dirigido al cielo, sea escuchado, ya que ningún poder humano puede reparar el mal que yo he hecho... Pero sólo un ser...

—¿Te refieres á la criatura que está á mis pies?—interrumpió el fantasma señalando al niño dormido.

—Si,—contestó el químico,—y sabéis lo que os iba á preguntar... ¿Por qué solamente este niño se ha sustraido á mi influencia y he descubierto en sus pensamientos una analogía terrible con los míos?

—Eso,—dijo el fantasma señalando al niño—es la suprema expresión y la personificación más completa de una criatura humana, privada por completo de toda suerte de recuerdos iguales á aquellos á que habéis renunciado. Ningún recuerdo de las penas y de los sufrimientos penetra en esa miserable criatura, porque desde su nacimiento se ha visto abandonada á una condición peor que la de los animales. No tiene conciencia de ningún sentimiento humano, ni de ningún contraste que pueda despertar en su insensible corazón la sombra de tal recuerdo. El corazón de este ser abandonado es un desierto árido, como el corazón del hombre desheredado de

los recuerdos á que habéis renunciado... ¡Desgraciado!... ¡Desgraciado del pueblo aquel en donde se hallen muchos monstruos parecidos al que duerme á mis pies!...

Redlaw tembló de espanto al oir estas palabras.

—No hay un monstruo de estos—continuó el fantasma—ni uno sólo que no siembre una cosecha que la especie humana ha de recoger fatalmente. De cada germen del mal que esparce esta criatura nace un campo de ruinas, que se siembra á la vez y cuyas simientes se esparcen de nuevo en mil puntos del mundo, hasta que sus diversas regiones estén bastante infectadas de maldad para hacer necesarias las aguas de un nuevo diluvio. El asesinato cometido en pleno día y en medio de una ciudad, aun cuando quede impune, produce menos resultados inmorales que un espectáculo como este...

El fantasma se quedó mirando al niño dormido. Redlaw le miró también con la mayor emoción... Después añadió aquel:

—No hay un padre por el lado del cual pasen estas criaturitas en su carrera errante de noche y de día; no hay una madre entre todas las madres cariñosas del mundo; no hay un ser humano que haya salido de la infancia, que no tenga mayor ó menor responsabilidad en esta enormidad... No hay en toda la tierra una nación sobre la que esta enormidad no atraiga la maldición divina. No hay una religión á la que no envilezca, ni un pueblo á quien no deshonre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

El químico juntó sus manos y la expresión de su fisonomía ofreció una mezcla de compasión y de espanto, mientras que sus miradas vagaban del niño dormido al fantasma que se lo señalaba con el dedo.

—Contemplad,—añadió,—el tipo perfecto de lo que habéis deseado ser. Vuestra influencia es inútil, porque del corazón de este niño nada hay que desterrar. Sus pensamientos están en harmonía con los vuestros, porque habéis querido descender hasta su innoble nivel. Este niño es el producto de la indiferencia de los hombres... vos sois el producto de la presunción humana. Los generosos designios de la Providencia han sido anulados en uno y otro caso, y aunque habéis partido vos y el niño de los dos polos del mundo inmaterial, habéis acabado por encontraros.

El químico se arrodilló al lado del niño, y callado, por el mismo sentimiento de piedad que experimentaba en aquel momento, parecía velar el sueño de aquel ser miserable que ya no le inspiraba ni horror ni indiferencia. Mientras tanto, la línea lejana del horizonte se aclaraba más y las tinieblas desaparecieron. Poco á poco el sol se levantó encendido y glorioso; las chimeneas y las paredes del viejo edificio se dibujaron sobre un fondo luminoso en el claro azul del cielo y los vapores de la ciudad se convertieron en nubes de oro. El cuadrante solar en su rincón sombrío, donde el viento silbaba ordinariamente con una constancia contraria á su objeto, se desprendió de la fina capa de nieve que la noche ha-

bía arrojado sobre su vieja fisonomía y miró las pequeñas guirnaldas blancas que se descolgaban lentamente á su alrededor.

Los Tetterby se habían levantado y comenzaban su tarea de todos los días. Mr. Tetterby abrió las puertas de su tienda, y objeto por objeto fué colocando todos sus tesoros en el escaparate para que los viesen los habitantes de los arrabales de Jerusalem; pero los ojos de estos no estaban muy dispuestos á sufrir la prueba de tales seducciones. Adolfo hacía largo rato que se había marchado y estaba próximamente á mitad de camino del *Diario de la mañana*. Cinco pequeños Tetterby, con sus diez ojos redondos, é inflamados por efecto del jabón y de las fricciones, estaban próximos á las torturas de una fría ablución en la cocina, bajo la presencia de mistres Tetterby.

Juanito, vióse obligado á vestirse con la mayor premura porque Moloch parecía haber despertado muy exigente, cosa que ocurría todos los días, llegó tambaleando hasta la puerta con su fardo á cuestas y con mayor dificultad que de ordinario, porque el peso de Moloch se había aumentado mucho con una complicación de preparativos contra el frío, compuestos de objetos de lana que formaban una completa armadura con su cota de malla, casco y calzas azules. Una de las especialidades de este muñeco, consistía en padecer siempre de la dentición, sea porque no le salían nunca los dientes, sea porque después de haberle salido le volviesen atrás, cosa que

no se ha podido averiguar. Si hubiese tenido todos los dientes que mistress Tetterby le había encontrado, con anticipación, se hubiese podido formar con ellos una excelente muestra de dentista. No se sabía ya con que frotarle las encías á Moloch, quien por otra parte llevaba constantemente un aro de marfil, bastante grande para parecer el rosario de una beata y siempre colgado á la cintura que la habían dibujado casi por debajo de la barba.

Los mangos de los cuchillos, los puños de los paraguas, los extremos de las varas de medir escogidas en el surtido de la tienda, los dedos de la familia en general y los de Juanito en particular, los pedazos de corcho, las cortezas de pan, los picaportes y las frías bolas que se colocan en los extremos de las tenazas, tales eran los instrumentos aplicados ordinariamente á entretener á la criatura. No es posible calcular la masa de electricidad que de ella se desprendía en el transcurso de una semana. Sin embargo, mistress Tetterby decía frecuentemente ó, mejor aún, á toda hora: «La niña está acabando la dentición y pronto se encontrará bien,» cosa que no impedía el trabajo laborioso que hemos descrito, ni que la niña llorase.

Hacía algunas horas que el carácter de los pequeños Tetterby había cambiado de una manera deplorable. Sus mismos padres habían cambiado tanto como ellos. Habían sido hasta entonces una raza pequeña pero exenta de egoismo y de maldad, siempre dispuesta á compartir su más mísera comida con alegre

corazón. Eran generosos aun cuando los tiempos fuesen malos, cosa que siempre sucedía, y estaban alegres hasta la saciedad cuando tenían un pedazo de pan. Sin embargo, el día á que nos referimos, estas pobres criaturas reñían, no tan sólo por el jabón y el agua, sino hasta por el desayuno, que aun veían en perspectiva. La mano de cada pequeño Tatterby golpeaba á sus hermanos, y la del mismo Juanito, del paciente. del desgraciado Juanito, se levantó sobre la criatura, ¡sí, sobre la criatura! Mistress Tetterby, que casualmento iba en aquel momento hacia la puerta de la tienda, vio como Juanito buscaba con fruición un lado débil y vulnerable en la armadura de Moloch, y como pellizcó al ídolo adorado. Rápida como el rayo mistress Tetterby cogió á Juanito por el pesquezo, le metió en un cuarto y le arrojó con rabia.

—¡Bárbaro! ¡asesino!—exclamó—¿Cómo has tenido valor para hacer eso?

—¿Y por qué no acaba de echar los dientes y de incomodarme?—dijo Juanito, con voz tan audáz como rebelde.—¡Quisiera veros en mi lugar!

—¿En vuestro lugar, caballerito?—preguntó mistress Tetterby quitándole el niño.

—¡Sí, en mi lugar!—replicó Juanito,—Si estuvieseis en mi lugar, ya habriáis sentado plaza. Yo voy á sentar plaza. En el ejército no hay muñecos.»

Tetterby, que llegó en aquel momento, frotóse la barba con aire distraído, en vez de cas-

tigar al rebelde, y pareció como que oía con fruición eso de abrazar la vida militar.

—«También yo quisiera ser soldado, sí es que le dais la razón á Jusnito—exclamó mistress Tetterby, volviéndose hacia su marido—porque no tengo ni un momento de reposo. Yo soy una esclava... sí, una esclava de Virginia.»

Esta parte agravante de la frase debió sugerírsela sin duda algun vago recuerdo de su excursión poco provechosa en el comercio del tabaco.

—Desde que empieza el año hasta que acaba,—añadió mistress Tetterby,—no tengo ninguna diversión ni el más pequeño placer. ¡Qué Dios le bendiga...¡ ¿Qué le pasa?—añadió, sacudiendo la criatura con una violencia poco conforme con aquella piadosa invocación. En desagravio de sus rudas sacudidas, mistress Tetterby no pudiendo descubrir lo que le pasaba á la criatura, la metió en una cuna; después tomó una silla, se cruzó de brazos y se puso á balancear la cuna con el pie.—¿Cómo es que no hacéis nada?—dijo volviéndose á su marido—¿Por qué no trabajáis?

—Porque no tengo ganas.

—Lo mismo me pasa á mí.

—¡Malditas las ganas que tengo de trabajar!—añadió Tetterby.

En aquel momento el diálogo fué interrumpido por Juanito y sus cinco hermanos que, al arreglar la mesa para el desayuno, se pusieron á reñir á propósito de la posesión temporal del pan y se administraban recíprocamente los

mogicones más concienzudos, mientras que el más pequeño de todos, evitando con su precoz instinto el meterse en el corazón de la pelea, daba vueltas alrededor de los combatientes y les pegaba en las piernas. Tetterby y su mujer se precipitaron con ardor en el centro del combate, como si aquel fuese el terreno unico en que podían ponerse de acuerdo; y después de haber hecho con todos un escarmiento, que contrastaba con su mansedumbre habitual, volvieron á sus respectivas posiciones.

—¿Porqué no leéis el diario en vez de estar sin hacer nada?—dijo mistress Tetterby.

—¿Y qué es lo que he de leer?—preguntó Tetterby con muestras de mal humor.

—¡Cómo? las noticias...

—No me interesa ni me importa lo que los otros hacen ó van á hacer.

—Los suicidios—añadió mistress Tetterby.

—Tampoco me importan.

—Los nacimientos, las defunciones y los matrimonios. ¿Tampoco os interesan?

—Todos los nacimientos debian acabarse hoy y todas las defunciones empezar mañana. Hasta que no me toque turno tampoco me interesa...En cuanto á los matrimonios—añadió con aire burlón—los conozco demasiado por experiencia, á Dios gracias, y me parecen demasiado largos.

A juzgar por su aire poco satisfecho y por sus expresivos gestos, mistress Tetterby fué de la opinión de su marido. Sin embargo, hizo la oposición por el gusto de reñir.

—¡Ah! sois un hombre muy *consecuente*—le

dijo—¡muy *consecuente!* y si no que lo diga ese biombo que os habéis areglado con recortes de periódico, que después leíais á los niños durante horas enteras.

—Decid que *me divertía* leyéndolos y diréis la verdad. Pero ya no los veréis más... creedme... Ya no soy tan tonto, á Dios gracias.

—¡Bah! no seas majadero... ¿Te has pensado que eres ahora mejor?

Esta pregunta revelaba cierta turbación en el corazón de mistress Tetterby. Su marido se puso á murmurar con desfallecimiento; después se pasó la mano varias veces por la frente.

—¡Mejor!—murmuró mistress Tetterby.—Tetterby, no se que ninguno de nosotros sea mejor ó más feliz... ¡Ah! ¿Crees de veras que eres mejor?

Tetterby se fué rectamente al biombo y pasó el dedo por encima de él hasta que encontró un párrafo que buscaba:

—Aquí tienes lo que antes hacía las delicias de la familia, si es que no me falta la memoria,—dijo Tetterby de una manera estúpida.—Aquí tienes lo que les hacía llorar y les devolvía la prudencia cuando ocurría entre ellos alguna cuestión... Sí, esto les asustaba tante como la historia del gigante de los bosques. «*Caso de horrible peligro:* Ayer un hombrecillo con una criatura en brazos y rodeado de seis niños harapientos, compareció delante del juez y dijo lo siguiente...» Vamos á ver,—dijo Tetterby dejando de leer, —¿qué nos interesa esto?

—¡Qué viejo y qué feo está!—dijo mistress

Tetterby contemplando á su marido.—No he visto nunca un cambio tan completo en ningún hombre. ¡Dios mío y que sacrificio!

—¿De qué sacrificio hablas?—preguntó brutalmente su marido.

Mistress Tetterby agitó la cabeza, y en vez de contestar, levantó una verdadera tempestad alrededor de la criatura, á causa de las violentas sacudidas que imprimió de pronto á la cuna.

—Si con eso quieres decir que tu matrimonio ha sido un sacrificio... —dijo el marido.

—Justamente,—añadió la mujer.

—Pues bien; yo,—continuó el marido de una manera no menos ágria ni intencionada, —quiero decir que hay dos maneras de ver las cosas; quiero decir que *el sacrificio ha sido mío* y que me hubiese alegrado mucho de que no lo hubieses aceptado.

—Te aseguro, Tetterby, que mi mayor alegría hubiese sido el que tampoco hubieses aceptado el mío.

—Verdaderamente no se,—murmuro el marido,—que me pudo hacer enamorar de una mujer que nunca ha tenido nada de agradable... ó que ya no le queda nada hoy día. Es lo que pensaba anoche al lado del fuego después de cenar: es enorme, se hace vieja; en fin, no hay punto de comparación entre ella y las otras mujeres.

—Tiene el aire tosco y vulgar,—murmuró mistress Tetterby,—empieza á encorvarse y se queda calvo á toda prisa.

—Necesitaba estar loco para casarme con ella,—gruño Tetterby.

—No podía menos de estar loca, si no ¿cómo me hubiera casado con él?—dijo sentenciosamente la mujer.

De esta manera tan amistosa empezaron á almorzar. Los pequeños Tetterby no estaban acostumbrados á mirar esta comida como una ocupación sedentaria, sino que, antes por el contrario, bailaban y saltaban, de suerte que aquello parecía una especie de solemnidad entre los salvajes. Tan pronto blandían sus rebanadas de pan con manteca, como salían de la habitación para dar una corrida por la calle y volver á su casa, ejercitándose en saltar á pies juntos las gradas de la puerta. En las actuales circunstancias los pequeños Tetterby tuvieron el capricho de disputarse con encarnecimiento el tarro de leche con agua, puesto sobre la mesa para el uso común, y su ambiciosa rivalidad había levantado tan violentas cóleras, que el solo hecho de esta lucha deplorable, constituía un verdadero ultraje á la memoria del doctor Watts. Tetterby tomó la disposición de echar puertas afuera á todos los actores de este drama y el silencio se restableció; sin embarge, algnnos instantes después fué turbado por Juanito que entró con mucho sigilo en el cuarto, se apoderó del jarro de la leche y se puso á soplar en él como un ventrílocuo con una precipitación indecente y rapaz.

—¡Estos muchachos acabarán por matarme á disgustos!—esclamó mistress Tetterby, des-

pués de haber castigado al culpable,—y yo me alegraré de que sea pronto.

—Los pobres como nosotros,—añadió Tetterby—no debían tener hijos, porque no nos dan ninguna satistacción.

—En aquel momento tenía en la mano la taza que mistress Tetterby le había dado de una manera grosera, y esta acercaba la suya á los labios. Uno y otra se detuvieron como si les hubiese herido un rayo.

—¡Madre! ¡padre!—esclamó Juanito entrando en la habitación á todo correr,—ahí viene mistress William.

Nunca, desde que el mundo existe, un niño sacó de la cuna á una criaturita con todas las precauciones de una nodriza, le meció, le acarició y se le llevó alegramente con inseguro pie... Sin embargo, Juanito hizo todo esto con Moloch y le sacó en brazos de la habitación.

Tetterby dejó la taza sobre la mesa y la mujer hizo lo mismo... Tetterby se frotó la frente... mistress Tetterby hizo otro tanto... El rostro de Tetterby comenzó á tranquilizarse... el de mistress Tetterby también.

—¡Que Dios me perdone!—dijo mentalmente Tetterby. ¡Que malos pensamientos he tenido! ¿Qué ha pasado por mí?

—¿Cómo he podido maltratarle después de todo lo que pasó anoche?—murmuró mistress Tetterby—suspirando y llevándose el delantal á los ojos.

—¡Soy un animal!—exclamó Tetterby.—

¡Y aun me creo tener buenos sentimientos!... ¡Sofía! ¡mujercita de mi alma!

—¡Adolfo! ¡Esposo de mi corazón!...—contestó mistress Tetterby.

—He estado en una situación, cuyo recuerdo me agobia.

—¡Ah! no es eso nada en comparación de mis injusticias—replicó mistress Tetterby dejándose arrebatar por una violenta desesperación.

—¡Sofía!... cálmate... No me perdonaré nunca mi conducta... Se que he destrozado tu corazón.

—No, Adolfo, no. He sido yo,—contestó la mujer con la voz entrecortada por el llanto.

—Vamos, mujercita mía, no llores... Tus nobles sentimientos me abruman... ¡Sofía! ¡si supieses lo que he pensado!... Mucho te he dicho... pero no te lo he dicho todo...

—¡No, Adolfo, no!...

—Sofía—continuó Tetterby—mi conciencia no me dejará tranquilo hasta que te lo haya dicho todo...

—No, es inútil; yo soy más culpable que tú.

—Mujercita mía—balbuceó Tetterby, apoyando las manos en el respaldo de la silla—me preguntaba c omo te he podido querer. Me olvidaba de los preciosos niños que me has dado, y pensaba que tu talle no era tan delicado como yo hubiese querido... No me acordaba,—continuó con acento de verdadero arrepentimiento—de los disgustos á que te has visto expuesta por haberte casado conmigo, cuando hubieses podido evitarlo casándote con otro hombre mejor y más feliz que yo (cosa nada difícil). Te acusaba de haber envejecido durante los años de atribulación que tú me has hecho menos penosos. ¿No es verdad que nunca me hubieses creído capaz de tales ideas? Yo mismo no me doy cuenta de ellas.

Riendo y llorando á la vez como poseída de una especie de frenesí, mistress Tetterby abrazó á su marido.

—¡Ah! Adolfo,—exclamó,—¡Cuánto me alegro de que hayas tenido tales pensamientos! ¡Sí! porque yo también he pensado que tenías un aspecto muy vulgar, y aunque así sea, poco me importa, con tal que tus manos se encargen de cerrarme los ojos... He pensado que eras bajito, y es la verdad, pero justamente por eso es por lo que más te quiero y te amo... He pensado que empezabas á encorvarte, y es verdad que te encorvas, pero te apoyarás en mí y te sostendré con mucho gusto. También he pensado que tenías una cara muy común, cuando debí encontrarte la cara de un buen padre de familia, que es la más pura y mejor de todas... ¡Ah! Adolfo, ¡que Dios bendiga nuestro hogar y nos lo haga cada día más querido!

—¡Hurrah! ¡Ya está aquí mistress William! —exclamó Juanito.

Entró, en efecto, escoltada por todos los niños, que la abrazaron uno tras otro, y después abrazaron á la criatura y á sus padres. En fin, no habiendo ya nadie á quien abrazar, se abra-

zaban unos á otros y bailaban y saltaban con aire triunfal alrededor de mistress William. Tetterby y su mujer no hicieron una acogida menos calurosa á la joven, á la que se sentían irremisiblemente atraídos, lo mismo que los niños; saliéronle al encuentro y le besaron las manos, no sabiendo como manifestarle su alegría y entusiasmo. Para ellos era el buen genio del hogar doméstico, el genio del bien, de la ternura y de todos los sentimientos generosos.

—¿Estáis muy contentos de verme esta mañanita de Navidad?—preguntó Milly juntando las manos con expresión de dulce sorpresa.—¡Ah! ¡Cuán feliz soy!—Y los gritos de alegría de los niños, y los besos, y los saltos y los bailes, empezaron de nuevo alrededor de la joven.

—¡Cuán deliciosas son las lágrimas que me hacéis derramar!—dijo—¿Por qué tantas pruebas de estimación y afecto?... ¿Qué he echo para que me amen de una manera tan tierna?

—¿Quién no os amará?—preguntó Tetterby.

—¿Quién no os amará?—exclamó su mujer.

—¿Quién no os amará—repitieron los niños en alegre coro. Después se agruparan á su alrededor ocultando sus sonrosadas cabecitas entre los pliegues del vestido, al cual besaban y tocaban con la misma idolatría que tenían por ella.

—Nunca me he sentido más conmovida—exclamó mistress William enjugándose los ojos, —y me falta la voz para deciros lo que me ha traído á vuestro lado... Figuraos que en cuanto

ha amanecido ha venido á buscarme Mr. Redlaw y demostrando hacia mí tanta ternura como si fuese su propia hija, me ha suplicado que fuese á ver con él al hermano de William, al pobre Jorge que se encuentra muy enfermo. Nos fuímos en seguida, y durante todo el camino se mostró para conmigo tan bueno, afectuoso, que parecía tener en mí depositada toda su confianza y todas sus esperanzas; y me ha hecho llorar de placer. Al llegar á la casa encontramos sentada á la puerta á una mujer, á quien parecía que hubiesen golpeado bárbaramente, la cual me cogió de la mano y me bendijo al pasar.

—Hizo bien,—dijo Tetterby.

—Hizo bien,—repitieron al unísono su mujer y todos los niños.

—Pero no es eso todo,—añadió Milly.—Después de subir la escalera entramos en el cuarto: en seguida el enfermo, que estaba horas silencioso é inmóvil, se incorpora, se echa á llorar, y alargándome los brazos dice que durante mucho tiempo ha llevado una vida culpable, pero que está sinceramente arrepentido, y que deplora lo pasado cuya horrible imagen se presenta á sus ojos cubierta por espesas nubes. Por fin, me ruega que le pida á su anciano padre que le perdone, que le de su bendición, y que rece á la cabecera de su cama. Al verme rezar, Mr. Redlaw se unió á mí con tal fervor, y dio gracias al cielo con una voz tan conmovida, que la emoción desbordó mi corazón, y hubiese empezado á llorar, si el enfermo no me hubiese llamado, rogándome

que me sentase á su lado. Cuando estuve sentada cogió mi mano entre las suyas y se durmió poco á poco. Entonces Redlaw sustituyó su mano por la mía para que el enfermo no advirtiése mi marcha porque tenía que venir á veros. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—añadió la joven suspirando.—¡Cuán feliz soy! ¡Cuán feliz soy!...

Mientras hablaba de esta suerte, Redlaw había entrado en la casa, y después de haberse detenido un instante para contemplar aquel grupo en cuyo centro estaba Milly, subió silenciosamente la escalera. En aquel momento el estudiante pasó rápido por el lado de Redlaw, bajó á la habitación y se precipitó á los pies de Milly.

—¡Ah! vos, la mejor y más cariñosa de las mujeres,—exclamó cogiendo las manos de la joven,—perdonad mi ingratitud.

—¡Otro que me ama!... ¡Hoy me moriré de felicidad!...—dijo Milly con una gran alegría.

El acento lleno de inocencia y de sencillez con que pronunció estas palabras, mientras se llevaba las manos á los ojos, humedecidos por la ternura, era conmovedor.

—Yo no era el mismo—continuó el estudiante—Ignoro la causa del desorden que había invadido mi corazón y mi espíritu... tal vez la enfermedad... En una palabra, estaba loco; pero no lo estoy; á medida que hablo me siento renacer á la vida... He oído á los niños pronunciar vuestro nombre, y esto ha bastado para desvanecer la nube que envolvía mi espíritu. ¡Ah! no lloréis, querida Milly; ¡si pudiéis leer en mi corazón!... ¡si supieséis cuánta ingratitud y cuánto afecto atesora para vos... no, no lloraríais, porque vuestras lágrimas me recuerdan mi odiosa conducta...

—No, no; mis lágrimas no os deben recordar nada porque son hijas de la alegría. ¡Cómo os atrevéis á pedirme perdón,cuando tan feliz me estáis haciendo!

—¿No es verdad que volveréis para acabar los visillos?—preguntó el estudiante.

—No—contestó Milly enjugándose las lágrimas y moviendo la cabeza—ahora ya no os hace falta mi trabajo.

—¿Me habláis así, después de perdonarme?

Milly se acercó en seguida al joven y le dijo al oído:

—Han llegado noticias de vuestra casa.

—¡Noticias!... ¿Qué queréis decir?

—Sí, noticias... Bien sea que el silencio que habéis guardado durante vuestra enfermedad haya inspirado inquietudes; bien que hayan sospechado la verdad en la alteración del pulso que se veía en las primeras cartas que habéis escrito los días de la convalescencia... lo cierto es que... ¿os sentís con fuerzas para recibir toda clase de noticias, siempre que no sean malas.

—Sí, hablad.

—Pues bien, ha llegado una persona.

—¿Mi madre?—preguntó el estudiante, dirigiendo involuntariamente los ojos á Redlaw que bajaba la escalera.

—¡Chit!—dijo Milly—No es vuestra madre.

—Ya no puede ser otra.

—¿De veras? ¿Estáis bien seguro?

—Como no sea...

Milly le interrumpió bruscamente poniéndole la mano sobre la boca.

—Sí... es *ella*... Una joven... Se parece mucho á la miniatura que he visto en vuestra casa, pero aun es mucho más bonita... Esta joven, no pudiendo soportar por más tiempo la incertidumbre en que las teníais, ha tomado la resolución de venir personalmente á enterarse, y llegó anoche acompañada de una criadita. Como las cartas estaban fechadas en el colegio ha ido á buscaros allí y la han visto esta mañana antes de la visita de Mr. Redlaw... También *ella*, Sr. Edmundo, también ella me quiere...! ¡Qué feliz soy! ¡Otra persona que me ama!

—¿Esta mañana...? ¿Y donde está ahora?—preguntó el estudiante.

—Ahora,—contestó Milly acercando sus labios al oído del joven,—ahora está en mi casa, donde os espera.

Edmundo estrechó la mano de Milly y trató de salir, pero ella le detuvo.

—Mr. Redlaw está muy cambiado,—le dijo—me ha confesado esta mañana que su memoria está muy débil... tened muchas atenciones con él, Sr. Edmundo; tiene necesidad de los cuidados de todos.

El joven le aseguró con una mirada que tendría en cuenta la advertencia, y como al salir de la habitación tuvo que pasar por delante del químico, le saludó con muchísima atención. Redlaw devolvió el saludo cortesmente y hasta con humildad y siguió con los ojos al estudiante, después apoyó la frente en ambas manos como tratando de buscar un perdido recuerdo... recuerdo que no pudo encontrar Gracias á la influencia de la música y el cambio que se había operado á su alrededor desde la reapariciòn del fantasma, Redlaw pudo comprender en aquel momento toda la extensión de su pérdida y deplorar su propia condición, comparándola con la de las personas que le rodeaban.

Influido por este contraste trató de despertar en su corazón los sentimientos de simpatía que en otro tiempo experimentaba hacia sus semejantes. A la vez sintió una dulce impresión de su infortunio, como sucede á los ancianos cuyas facultades intelectuales se hallan debilitadas; pero no condenadas por completo á la insensibilidad. Redlaw comprendió que á la vez que á poco á poco y por interseción de Milly reparaba el mal que había hecho, y entraba en comunión más íntima con ella, se operaba en él una revolución. Este sentimiento y el afecto que le inspiraba la joven le hizo comprender que dependía por completo de ella, y que sólo ella podía consolarle en su aflicción. Ninguna otra esperanza había en su alma.

Milly le sacó de su abstracción proponiéndole ir á alegrar al anciano y á William. Con la mayor satisfacción Redlaw cogió del brazo á Milly y la acompañó...En aquel momento el hombre superior por su experiencia, el sabio capaz de descubrir los secretos más ocultos de

la naturaleza, demostraba tal deferencia hacia aquella joven de breve inteligencia y de inculto talento, que parecía que se hubiesen invertido sus posiciones... Cualquiera hubiese dicho que era ella quien poseía la ciencia y él quien nada sabía. En el momento en que se disponía á salir de la casa con Milly vió á los niños acercarse á ella y cubrirla de caricias... Oyó sus estrepitosas carcajadas y sus alegres voces... miró sus hermosas cabecitas que formaban á su alrededor una guirnalda de flores... Fué testigo de las muestras de consideción que los padres predigaran tan cordialmente á Milly... Respiró con alegría el aire de esta pobre casa á la que había vuelto la felicidad... Pensaba en el soplo mortal que había esparcido y que hubiese podido ocasionar grandes males sin la intervención de Milly... ¿Se extrañará, pues, que Redlaw le atestiguase tan gran deferencia y que estrechase contra su corazón á aquella dulce criatura?

Al penetrar en la casa encontraron al anciano sentado en su sillón, al lado de la chimenea, con los ojos fijos en el techo, mientras que William, arrimado á la pared al otro lado del hogar, miraba atentamente á su padre. Cuando Milly llegó á la puerta, uno y otro temblaron y volvieron hacia ella sus rostros iluminados por la alegría.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! también estos se alegran de verme,—exclamó Milly deteniéndose de repente y aplaudiendo en un trasporte de satisfacción.

¡Contentos de verla! ¡oh! esta palabra espresaba muy debilmente lo que ellos experimentaban... Milly se precipitó en los brazos de su marido á quien le hubiese parecido corto un día para tenerla con la cabeza apoyada sobre su hombro. El anciano tenía también deseos de estrecharla, y abriendo sus brazos la acercó á su corazón.

—Vamos á ver mi querida Minette, ¿qué ha pasado durante este tiempo?—preguntó el anciano...—¿dónde está mi hijo William? Me parece que salgo de un sueño.

—Es lo mismo que digo yo, padre. Creo que he tenido un sueño horrible... ¿Cómo estáis, padre? ¿os sentís bien?

—Me encuentro fuerte y vigoroso, hijo mio —contestó el anciano.

Era cosa digna de verse á William estrechando la mano de su padre, dándole golpecitos en la espalda y prodigándole mil caricias, como si no supiese que inventar para manifestarle su ternura y solicitud.

—¡Qué hombre más extraordinario sois! ¿como vá...? ¿Os sentís bien...? repitió William estrechando de nuevo la mano de su padre dándole otro golpecito en la espalda y prodigándole nuevas caricias.

—Nunca me he sentido más fuerte ni mejor, hijo mio.

—¡Qué hombre más extraordinario sois! Es lo que digo,—añadió William con entusiasmo. —Cuando me acuerdo de todas las desgracias que mi padre ha sufrido, de todos los sufrimientos, de todos los dolores que ha experi-

mentado durante su larga vida... Cuando me acuerdo de los muchos años que han pasado sobre su blanca cabeza... me parece que nunca sabré hacer lo necesario para honrarle y hacer feliz su ancianidad. ¿Cómo estáis padre? ¿Os sentís verdaderamente bien?

William no hubiese dejado de reitirar sus preguntas, de darle á su padre apretones de manos, golpecitos en la espalda y de prodigarle caricias, si el anciano no se hubiese dado cuenta de la presencia del químico á quien él aun no había visto.

—Os pido mil perdones, Mr. Redlaw—dijo Felipe,—pero no sabía que estabais ahí... de otra manera no me hubiese entregado con tanta libertad á mis inclinaciones... Esto me recuerda Mr. Redlaw, que os ví en este mismo sitio una mañana de Navidad, en la época en que no erais más que un simple estudiante, pero tan aplicado, que aun durante las fiestas de Navidad costaba trabajo haceros abandonar la biblioteca... ¡Ah...! ¡Cuanto me alegro de tener estos recuerdos...! Parece que os vea ahora, á pesar de mis ochenta y siete años... ¿Os recordais de mi pobre mujer, mister Redlaw?

—Sí,—añadió el químico.

—¡Oh!—dijo el anciano—¡que buena mujer! Me acuerdo que un día de Navidad vinisteis aquí por la mañanita con un joven; perdonadme, Mr. Redlaw, pero creo que era una hermana á quien queriais mucho.

Redlaw miró al anciano moviendo la cabeza.

—Si, tenía una,—dijo con aire distraido. De repente se detuvo porque sus recuerdos no alcanzaban más.

—Un día de Navidad por la mañanita,—continuó el anciano,—vinisteis con ella... De pronto empezó á nevar, y mi mujer le rogó á la joven que fuese á sentarse con ella cerca del fuego que arde siempre el día de Navidad en nuestra gran casa de los banquetes... Yo estaba allí y me acuerdo que mientras atizaba el fuego para calentar los piececitos á la joven esta leyó en alta voz la inscripción que hay debajo del retrato: *¡Señor, conservadme la memoria*! La joven y mi mujer se pusieron á hablar á propósito de esta inscripción... y experimento una sensación estraña al acordarme de lo que dijeron... Las dos estaban al parecer muy apartadas de la idea de la muerte... y dijeron, sin embargo, que era una buena plegaria y que no dejarían de recitarla con tervor por aquellos á quienes más quisieran si Dios les arrebataba de este mundo... Por mi hermano—dijo la joven;—Por mi esposo, —dijo mi mujer:—Señor conservadme la memoria y haced que nunca me olvide!

El rortro de Redlaw quedó inundado por unas lágrimas más amagas que todas las que hasta entonces había vertido. Pero Felipe, completamente absorbido por su relato, no había advertido del efecto que sus palabras habían producido sobre Redlaw; ni de las señas que Milly le hacía con una ansiedad mortal para que comprendiese en que punto debía detenerse. Por fin, fijándose en las lágri-

mas del uno y las señas de la otra, dejó de hablar.

—Felipe,—dijo el químico poniendo la mano sobre la espalda del anciano,—yo soy un hombre sobre el que la mano de la Providencia ha pesado de una manera horrible... Me hablais de cosas que no puedo recordar, porque he perdido la memoria.

—¡Dios misericordioso! — exclamó el anciano.

—He perdido el recuerdo de mis penas, de mis sufrimientos y del mal que me han hecho—dijo el químico—y al perder este recuerdo he perdido el de todo lo que el hombre debe conservar en la memoria.

Al ver al anciano Felipe, poseído de la mayor compasión por Redlaw, acercarle su sillón para que se sentase... al contemplar en la fisonomía del anciano, la expresión de su profunda simpatía por el gran infortunio de Redlaw, se hubiese comprendido hasta cierto punto lo gratos que son estos recuerdos para la vejez.

En aquel momento, el niño que el día anterior había servido de guía al químico, entró en la habitación y se echó sobre Milly.

—¿El hombre está allí,—dijo—y no lo necesito para nada.

—¿Qué hombre? ¿Qué quiere decir? —preguntó William.

—¡Chist!—contestó Milly.

Obedientes como de costumbre á la menor indicación de la joven, William y su padre salieron discretamente de la habitación sin

fijar la atención de Redlaw, que llamó cerca de él al niño.

—Quiero más á la mujer,—dijo este agarrándose á los vestidos de Milly.

—Tienes razón,—dijo Redlaw dibujando una sonrisa llena de melancolía.—No tengas miedo... te quiero más á tí que á todos los del mundo, pobre niño.

Este se mantuvo á la espectativa aún algunas momentos, pero cediendo á las instancias de la joven consintió en aproximarse á Redlaw, y se sentó á sus pies. El químico puso la mano sobre su espalda, le miró con compasión y tendió la otra mano á Milly, que la cogió en seguida.

—Mr. Redlaw,—dijo tras de un momento de silencio,—¿Puedo hablaros?

—Sí,—le contestó, fijando en ella los ojos. —Vuestra voz y la música son cosas iguales para mí.

—¿Puedo pediros algo?

—Lo que queráis.

—¿Os acordáis de lo que os dije anoche cuando llamaba á la puerta? Os hablé de un amigo vuestro que se quería suicidar.

—Sí, creo que me acuerdo—añadió el químico con cierta evcitación.

—¿Me comprendéis?

Redlaw pasó la mano por la cabeza del niño y miró á Milly con aire distraído.

—He encontrado á ese hombre—continuó Milly con voz dulce y clara.—He vuelto á la casa en donde habéis visto al enfermo y, á Dios gracias, he encontrado á ese hombre...

Por fortuna he llegado á tiempo... Algunos segundos más y hubiese sido tarde...

Redlaw dejó de acariciar al niño y estrechó la mano de Milly, que contestó á esta expresión con un apretón no menos elecuente que su mirada·

—El amigo de que os hablo,—añadió,—es el padre de Edmundo, de ese joven que hemos visto antes. Su verdadero nombre es Langfort. ¿Os acordáis de ese nombre?

—Sí.

—¿Y del hombre?

—No... ¿Me ha hecho algún mal?

—Sí.

—¡Oh! entonces no hay ninguna esperanza... ¡No hay esperanza...!

Dichas estas palabras Redlaw inclinó tristemente la cabeza y estrechó de nuevo la mano de la joven, como para hacer un mudo ruego á su conmiseración

—No he vuelto á casa de Edmundo desde ayer por la noche—dijo Milly—¿Queréis escucharme con toda atención como si nada hubieseis olvidado?

—Os escucho!

—No he vuelto á casa de Edmundo porque ignoraba que vuestro antiguo amigo fuese el padre de ese joven y porque temía que en el estado de debilidad en que se halla,le perjudicase la noticia. No se la he dado tampoco por otro motivo... Vuestro antiguo amigo está separado de su mujer hace largo tiempo... y esta separación data casi del nacimiento de su hijo... Vuestro amigo es quien me ha dado

todos los detalles. Sí, abandonó lo que más había querido, y desde entonces ha ido rebajándose...

Interrumpiendo bruscamente su relato, Milly salió corriendo de la habitación, pero para entrar en seguida otra vez acompañado del individuo cuyo aspecto miserable había llamado la atención de Redlaw la noche anterior.

—¿Me conocéis? preguntó el químico.

—Mi mayor felicidad,—contestó el recien venido,—y es la vez primera que hablo así, sería el no conoceros.

Redlaw consideró á aquel hombre tan destrozado y degradado, y se esforzó inútilmente en adivinar las relaciones que entre los dos podían existir. Sin duda hubiese continuado largo tiempo en sus reflecxiones, si Milly no hubiese distraído su atención y sus miradas, volviendo á tomar la posición que ocupaba antes de salir de la habitación.

—¡Mirad en que estado tan miserable ha caído!—dijo en voz baja la mujer extendiendo el brazo hacia el recién venido, sin dejar de mirar al químico.—Si os pudieseis acordar de todo lo que se refiere á este hombre, ¿no os sentiríais lleno de compasión á la vista de un antiguo amigo, reducido á tal extremo?

—Tal pensamiento,—contestó el químico,—excitaría mi compasión... lo comprendo... y lo creo.

Mientras tanto, sus miradas, fijas un instante en el hombre que se mantenía de pie junto á la puerta, se trasladaron precipitada-

mente á Milly, á quien contempló en una especie de éxtasis, como si tratase de sacar algún recuerdo de cada nota de su voz, de cada rayo de su mirada.

—Yo no poseo ninguna instrucción y vos tenéis mucha,—dijo Milly;—yo no tengo la costumbre de reflexionar, mientras que vos reflexionáis siempre. Pero ¿me permitiréis que os diga porqué me parece útil el recuerdo del mal que se nos ha hecho?

—Sí.

—Para que lo podamos perdonar.

—¡Dios poderoso!—exclamó el químico elevando los ojos al cielo.—¡Gracias! ¡gracias! ¡Por fin veo que he despreciado uno de vuestros dones más preciosos!

—¿Y si os volviese la memoria como espero y pido al cielo, no sereis feliz al recordar á un tiempo mismo el mal que os ha hecho y el perdòn que le habéis otorgado?

Como la voz anterior, las miradas del químico se volvieron un instantes hacia el hombre que se mantenía de pie junto á la puerta, y en seguida se concentraron de nuevo en el rostro de la joven pareciéndole que un rayo de luz se destacaba de su hermoso rostro y se reflejaba en su alma.

Milly centinuó:

—No puede volver á la casa de donde ha huido... No sueña más que con la vuelta... Sabe que no llevará más que nuevos disgustos á los que ha tratado tan mal... Sabe que la mejor reparación que puede darles es evitar su presencia... Ahora bien; una corta cantidad

le bastará para que pueda partir á una comarca lejana, donde no ha de serle difícil vivir honradamente y reparar en el límite de sus fuerzas todo el mal que ha hecho... Este será indudablemente el mayor servicio que podrá prestarles á su hijo y á su desgraciada esposa... Para él, que ha perdido la reputación del alma y del cuerpo, esta será la salvación sin duda alguna...

Redlaw estrechó entre sus manos la cabeza de la joven y la cubrió de besos; después le dijo con voz conmovida:

—Se hará; pero quisiera que lo hicieseis vos en secreto y sin tardanza... Decidle á ese hombre que yo le perdonaría de todo corazón si fuese tan feliz que pudiese acordarme de los males que me ha causado.

Milly volvió su expresiva fisonomía hacia el hombre para darle á entender que su intervención había sido bien acojida. Este adelantó algunos pasos, y sin levantar los ojos, le dijo á Redlaw:

—Sois tan generoso... como siempre... os esforzáis para apartar de vos toda idea de resentimiento en presencia del espectáculo que se ofrece á vuestros ojos... En cuanto á mí, Redlaw, no lo podré olvidar... Creedme, si es que aun tengo derecho á que me creáis.

El químico le rogó á Milly por medio de una seña que se aproximase á él, y pareció buscar en sus ojos la explicación de las palabras que había oido.

—Yo soy muy culpable,—continuó el hombre—para que trate de atenuar mis males, y

el recuerdo de mi pasado está demasiado profundamente grabado en mi alma para que me atreva á implorar perdón... Todo lo que os puedo decir es que desde el día que empecé á degradarme haciendo traición á vuestra confianza, no me he detenido en el camino del mal.,.

Redlaw volvió hacia el hombre su triste mirada. Parecía que empezaba á reconocer al que le hablaba.

—Yo hubiese sido tal vez otro hombre y mi vida no habría sido la misma si hubiese evitado el primer paso... Digo tal vez... porque no me quiero disculpar.. Vuestra hermana vive tranquila y más feliz que si hubiese estado á mi lado, aun cuando hubiese yo continuado siendo lo que me creíais... tal como yo mismo me creía ser...

Redlaw hizo una señal como para poner término al relato, pero el hombre continuó.

—Hablo como si saliese de la tumba... Hubiese, en efecto, abierto anoche mi propio sepulcro sin el apoyo tutelar del angel que está á vuestro lado.

—¡También él! ¡También él me quiere!—murmuró Milly, con la voz ahogada por las lágrimas.

El hombre añadió:

—Ayer, por nada del mundo me hubiese atrevido á presentarme delante de vos... pero hoy el recuerdo de lo que entre nosotros ha pasado es tan cruelmente punzador... y se presenta á mi alma... no se por que... con colores tan vivos, que me he atrevido, gracias á las

exhortaciones de esta mujer, á venir por vuestros beneficios, á daros las gracias y á pediros que seáis para mí en vuestros últimos momentos tan bueno en vuestros pensamientos como lo habéis sido en vuestras acciones.

Marchóse hacia la puerta, pero se detuvo aun un momento antes de salir.

—Mi hijo, espero que me compartirá el afecto que habéis sentido por su madre y que se mostrará digno de él... ¡Ah! ya no le veré más, á no ser que mi vida sea aun muy larga y tenga tiempo para borrar las huellas de mi pasado.

Antes de salir dirigió por última vez los ojos á Redlaw, quién, mirándole con fijeza le tendió maquinalmente la mano... El hombre corrió hacia él... estrechó con efusión aquella mano, y después, inclinando la cabeza sobre el pecho, salió lentamente.

Milly le acompañó hasta la puerta de la casa, y el químico se dejó caer en el sillón, cubriéndose el rostro con las manos. Algunos momentos después Milly volvió con su suegro y su marido, que ambos atestiguaban su vivo interés por la situación de Redlaw. Al ver la actitud en que se encontraba, Milly adelantóse, sin hacer ruido, hasta su lado,—hizo seña á los otros para que callasen, y arrodillándose junto al sillón, se puso á arrebujar al niño con ropa caliente.

—Es lo que digo yo, padre,—exclamó William, en su admiración por su mujer.—Hay en el corazón de mistress William sentimien-

tos maternales que deben seguir y seguirán su curso.

—Sí, sí,—contestó el anciano.—tienes razón... mi hijo tiene razón.

—Sin duda es una felicidad para nosotros, querida Milly—dijo William—el no tener hijos; y sin embargo, muchas veces me duele de que no tengas uno en quien concentrar tu cariño. ¡Cuántas esperanzas no habíamos fundado sobre aquel que perdimos, ó mejor aún, del que no llegó á vivir...! Desde entonces, Milly, has adquirido la tranquilidad de una sante.

—El recuerdo de aquel niño me hace feliz. Me acuerdo de él todos los días.

—¡Me lo temía!

—Es un recuerdo muy consolador para mí... ¡Me dice tantas cosas...! El inocente niño que no llegó á vivir sobre la tierra es un ángel para mí...

—Y tú—dijo William afectuosamente—eres un ángel para mi padre y para mí... Ahí lo tienes todo.

—Cuando me acuerdo,—dijo Milly,—de todas las esperanzas que habíamos concebido en su porvenir; cuando me acuerdo de las muchas veces en que se me ha presentado la cabeza sonriente de aquel niño que sólo descansó un día en mi seno, con los ojos vueltos á los míos... parece que experimento una simpatía mayor hacia todas las honradas esperanzas que perecieron... Cuando veo un hermoso niño en los brazos de la madre que le idolotra, le amo en seguida, porque me

acuerdo de que mi hijo se hubiese parecido á aquel y habría hecho latir mi corazón de orgullo y de alegría.

Redlaw levantó los ojos y miró á Milly.

—Me parece—añadió—que este recuerdo se halla continuamente impreso en mi alma y que me guía en todas las circunstancias de mi vida. Mi hijo pide por los niños abandonados, como si viviese y tuviese una voz para hablarme, una voz familiar á mis oidos. Otras veces si oigo hablar de un joven, débil, ó culpable de grandes faltas, me imagino que mi hijo pudo haber caido en tal condición y que Dios me lo ha quitado en su misericordia... Los cabellos blancos como los de nuestro padre me hacen pensar tambien en mi hijo, porque me parece que también él hubiese podido llegar á viejo, mucho tiempo, mucho tiempo después de tu muerte y de la mía, y que su ancianidad hubiese merecido el respeto y el amor de los jóvenes.

Milly cruzó su brazo con el de su marido y apoyó la cabeza sobre su hombro. Su voz dulce y tranquila era mas dulce y mas tranquila que de ordinario. Añadió.

—Los niños me quieren tanto que he llegado á imaginarme... ¡Mira que tontería, William! que son un medio que yo ignoro para que se mantenga mi afecto hacia mi hijo y para comprender que su ternura me llena de satisfacción. Si, desde la muerte de mi hijo, mi carácter ha sido siempre igualmente tranquilo y me sentido más feliz bajo muchos conceptos,.. Algunos dias después de la muerte

de mi hijo, cuando más sufría y era presa de una melancolía muy natural, me sobrevino un pensamiento que me devolvió la felicidad, y fué el de que si yo procuraba vivir pura, encontraría en el cielo un niño que me daría el nombre de madre.

Redlaw cayó de rodillas dando un gran grito.

—¡Oh, Dios mio!—dijo –tú que por los ejemplos del divino amor me has concedido la gracia de devolverme esta memoria, que era la de Cristo sobre la cruz y la de todos los hombres que han muerto por su causa, recibe el homenaje de mi gratitud y bendice á esta joven!

Dichas estas palabras estrecho contra su corazón á la dulce Milly, la cual llorando y riendo á la vez exclamó:

—¡Ha vuelto en sí...! ¡Y me ama...! ¡Otro que me ama...! ¡Oh! ¡que feliz soy!

En aquel momento entró el estudiante llevando de la mano á una hermosa joven que le seguia con paso temeroso. Redlaw, muy diferente de lo que había sido la víspera, viendo en él y en la compañera de su corazón, la dulce sombra de una época memorable de su propia existencia, corrió á su encuentro y les estrechó contra sus brazos suplicándoles que en adelante se considerasen hijos suyos. Como la paloma que tras un largo encierro en su prisión solitaria vuela á los bosques en busca de sus compañeras y del reposo, así el alma de Redlaw, devuelta su libertad, voló hacia la juventud y la vida. Y como la época de Navi-

dad es entre todas las del año aquella en que debemos principalmente socorrer, consolar y y alegrar á cuantos sufren á nuestro alrededor y hacer todo el bien que nos sea posible, Redlaw tendió la mano sobre la cabeza del niño; después tomando por testigo á aquel que en su tiempo extendía la mano sobre los niños, censurando en la magestad de su espíritu profético, á los que los alejaban de él, hizo promesa de protegerle é intruirle. Despues le tendió la mano alegremente á Felipe; le dijo que aquel día se celebraría una cena de Navidad, en *lo que antiguamente fué la gran sala de los banquetes*, y que por lo mismo era preciso convidar á todos los que fuese posible, dado lo corto del tiempo, tales como los miembros de la familia de los Swidger, que según William, eran tan numerosos que agarrados de las manos podrian tomar un círculo alrededor de Inglaterra.

La cena se efectuó aquel mismo dia, y á ella acudieron los Swidger, También estaban los Tetterby, sin que faltase Adolfo, que se presentó con su funda omnicolor de la nariz, casi al mismo tiempo que se servía la carne asada. En cuanto á Juanito y al muñeco, llegaron, según costumbre, muy tarde, y se presentaron de lado, estenuado el uno por la fatiga y el otro en un estado de crisis, atribuido á la salida da los molares; pero esto era ya habitual y no tenía un carácter alarmante.

Una de las cosas que entristecian era el ver que el niño sin nombre y sin familia seguia con atenta mirada á los otros niños ocupados

en sus juegos, sin atreverse á hablar ni á jugar con ellos; en una palabra, permaneciendo más extraño á las costubres de los niños, que un perro mal educado.

Pero había sobre todo otra cosa hacia la cual las miradas de Redlaw, las de Milly y las de su marido, las del estudiante y su desposada, se volvían con frecuencia, sin que las sombras consiguiesen obscurecerla ó alterarla. Iluminada por la luz del hogar, que le daba un aire de gravedad mas imponente que nunca, y destacándose de la obscura ensambladura como un rostro vivo, la figura serena del retrato con la barba y la gorguera, en su marco de verdes hojas de acebo, bajaba los ojos hacia los convidados, cuando estos los levantaban para mirarla. Y al pie del retrato había estas palabras claras y distintas, como si una voz las hubiese pronunciado.

SEÑOR, CONSERVADME LA MEMORIA.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Léase **Los fantasmas de Nochebuena**, del mismo autor.